



EL VIEJO Y LOS LOBOS

Chusé Bizién Estella

EL VIEJO Y LOS LOBOS



Primera edición: mayo de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Chusé Bizién Estella

ISBN: 979-13-87814-28-1

ISBN digital: 979-13-87814-29-8

Depósito legal: M-11346-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A la memoria del pastor Ramón y sus inigualables migas; de
Luisón, fraile, cocinero y amigo, que derrochó tanta bondad como
vasos de buen vino, y de Fructuoso, guardián de la borda de Samper
Alto, de sus agrestes parajes y sus orgullosos despoblados.*

*En homenaje a Salinas de Jaca, a Villalangua, a los pueblos
vecinos y a todos los habitantes del Reino de los Mallos.*

*Dedicado especialmente a mis hermanos de la HBC, que
me acompañaron en tantos buenos momentos y compartieron
conmigo los más hermosos y solitarios paisajes de este mundo.*

*A la entrañable y generosa familia Labarta.
A mi propia familia.
Al pasado con y sin futuro.*

I

QUIEN BUSCA

ENCUENTRA LO INESPERADO

1

No le asustaba la noche. Había pasado tanto miedo las últimas semanas que ya nada la atemorizaba. Comparada con sus recientes recuerdos, la soledad que sentía en aquellos momentos le parecía una bendición. Solo deseaba alejarse de todo. Corría como un animal acorralado, perdida en medio del bosque, sin mirar atrás ni preocuparse por el cansancio. Huía impulsada por la promesa de una libertad que sentía cercana y ansiaba con desesperación. Parecía inmune al frío, pero solo era una prueba más de que algo dentro de ella había comenzado a morir.

Los restos de la última nevada entorpecían sus pasos. Sus zapatillas patinaban sobre el hielo obligándola a realizar complejas piruetas para no perder el equilibrio. Avanzaba torpemente, esquivando con dificultad los obstáculos que se interponían en su camino. De vez en cuando, tropezaba con un tronco caído o con un inesperado pedrusco camuflado entre la nieve. Su cuerpo, desmadejado e indefenso, rebotaba contra los desnudos árboles balanceándose como una marioneta. Logró mantenerse en pie hasta que, tras un inoportuno resbalón, cayó de bruces sobre el suelo. Acusó el impacto, se retorció y gritó, pero se levantó al instante y prosiguió su loca carrera ignorando el dolor.

Los arbustos, endurecidos por la escarcha, atravesaban su frágil calzado. Notaba sus afiladas espinas clavándose en las plantas de sus pies. A pesar de que la atormentaban, siguió corriendo sopor-

tando sus heridas con la misma indiferencia con que apartaba la maleza o desenterraba sus piernas cada vez que se hundían en la nieve. Descendía por la ladera frenéticamente, como si al final de aquella interminable pendiente fuese a encontrar la salvación. Su ropa, convertida en jirones por los continuos desgarros, apenas la protegía de los arañazos que laceraban dolorosamente su piel. Sus heridas rezumaban pequeñas gotitas de sangre. Manaban perezosamente formando unos hilillos, tan escuálidos como ella, que recorrían fugazmente sus oscuros brazos hasta que la gélida noche los convertía en minúsculas e insignificantes costras.

Dolía respirar. El viento, frío y afilado, cortaba sus mejillas y azotaba sin piedad su liviano cuerpo. Sentía cómo los punzantes latidos de su corazón golpeaban su pecho. Parecían cuchillos atravesando sus carnes. Temblorosa, tuvo que aminorar el ritmo. Solamente unos instantes. Lo justo para recuperar el resuello. Enseguida se obligó a continuar. Jadeaba penosamente, pero había sufrido tanto que soportaba aquel tremendo esfuerzo con la determinación de quien ansía dejar atrás su pasado. Solo pensaba en alejarse lo más rápidamente posible de la siniestra prisión donde la habían encerrado. El tiempo transcurría imparable sin concederle un momento de respiro. Sus odiosos carceleros ya habrían iniciado la última ronda del día. Como de costumbre, irrumpirían violentamente en los cuartuchos para atemorizar a las chicas y comprobar que no faltaba ninguna. No tardarían en descubrir su ausencia. Imaginar su cólera la estremecía aún más que el frío. La perseguirían implacablemente, pero no podía permitir que la atrapasen de nuevo.

A pesar de que aquella horrible pesadilla no dejaba de atormentarla, la ignoró y se aferró a su reciente libertad con coraje. Lo único que importaba ahora era escapar. Nunca olvidaría lo ocurrido ni perdonaría a sus secuestradores, pero el tiempo de la venganza todavía no había llegado. Aunque su odio y resentimiento eran insaciables, debía esperar.

De repente, la espesura desapareció y se encontró al borde de una abrupta pendiente. A punto estuvo de precipitarse por ella, pero logró detenerse a tiempo. Desde lo alto, contempló esperanzada el trazado de la carretera que discurría a sus pies. Ni la oscuridad ni su deficiente señalización le impidieron distinguir la curva que rodeaba la montaña y el principio de la interminable recta que se perdía en la negrura. Solamente una empinada ladera, tapizada por los escasos y desolados arbustos que aún conservaba, la separaba de ella. Comenzó a descenderla sin importarle el riesgo. Se deslizó tan velozmente que pronto perdió el control. Resbaló sobre una de las pedrizas, pero logró mantener el equilibrio. Justo cuando alcanzaba el asfalto, divisó las inconfundibles luces de un coche. El pánico aceleró su corazón y un extraño sudor, más frío que el hielo, comenzó a recorrerla. Permaneció inmóvil, paralizada por el miedo, mientras contemplaba impotente cómo aquel haz de luz se aproximaba rasgando la noche. Exhausta, incapaz de apartar su mirada de él, se limitó a esperar dispuesta a aceptar su final sin resistirse. Al salir de la curva, las luces la deslumbraron y tuvo que cerrar los ojos. Ya no volvió a abrirlos. Hundió el rostro entre sus manos ingenuamente, como si fuera una niña que se tapa la cara para esconderse. Sabía que era inútil ocultarla, que no podría cambiar la realidad por muy aciaga que fuese, pero prefería ignorarla.

Poco después, se desplomó. Sus rodillas tropezaron contra el suelo clavándose las piedrecillas que intentaban disimular los numerosos baches de la calzada. No notó ningún dolor al caer. Ya no le quedaban fuerzas ni siquiera para sentir. Antes de desmayarse, murmuró una oración y se abandonó a su suerte.

2

Ramón respiró aliviado. Había estado a punto de atropellar a la muchacha. La divisó en el último momento, justo cuando doblaba una curva y enfilaba la inacabable recta que discurría en paralelo al Embalse de La Peña. No pudo evitar distraerse. De noche, le parecía aún más espléndido. Las sombras envolvían la sinuosa silueta del pantano, transformándolo en un espectral y fascinante espectáculo. Serpenteante, como una culebra que huye zigzagueando sobre la tierra, se abría paso entre las montañas sin importarle la grandeza de aquellas moles. La nieve, desperdigada caprichosamente por las laderas que lo abrazaban, reflejaba la luz de la luna. Sus blancas salpicaduras recordaban las esponjosas bolitas de corcho que los niños esparcen a su antojo sobre los belenes. El agreste y rudo paisaje, transformado en una hermosa postal navideña, cautivaba a cualquiera que lo contemplase.

Era imposible sustraerse a tanto encanto. Un intenso cúmulo de sensaciones le sobrevino repentinamente alejándolo de la realidad. Pese a haberlo contemplado tantas veces, su imponente belleza casi le cuesta un disgusto. Tuvo que pisar los frenos a fondo. Afortunadamente, reaccionó a tiempo. El vehículo se detuvo en el último instante. Apenas un metro lo separaba de la joven. La observó a través del parabrisas. Su cuerpo yacía indefenso sobre el asfalto. Un primitivo instinto la impulsaba a acurrucarse tratando de retener su escaso calor. Se refugiaba en él con la esperanza de que no la abandonase, pero a pesar de sus esfuerzos era incapaz

de combatir el frío que amenazaba con paralizarla definitivamente. No dejaba de temblar. Cabeceaba descontroladamente sin poder evitar el ruidoso castañeteo de sus dientes y las constantes sacudidas que la agitaban con violencia. Se aferraba a la vida con desesperación, buscando un alivio imposible de encontrar. Soñaba con desvanecerse, desaparecer de allí para siempre y despertar a salvo en su hogar, pero solo era una ilusión.

Tardó unos instantes en bajar del coche. Todavía se sentía desconcertado. Por fin, descendió del vehículo. Se acercó lentamente, en silencio, como si temiese despertarla. Permaneció a unos centímetros de su cuerpo observándola con detenimiento sin saber qué hacer. No se atrevía a tocarla. Al inclinarse sobre su pecho y notar los latidos de su corazón, suspiró esperanzado. Acarició su rostro con delicadeza y comprobó que todavía respiraba. Colocó sus manos entre las suyas e intentó reanimarla, pero no respondió. Su temperatura había descendido alarmantemente. No dejaba de temblar. Sus espasmos eran tan enérgicos que parecía a punto de romperse.

Regresó apresuradamente al vehículo y cogió una vieja manta que llevaba en el asiento de atrás. La miró con nostalgia. Recordaba lo mucho que la apreciaba su padre. Por un momento, le pareció sentir el roce de sus manos arropándolo con ella. La había heredado al mismo tiempo que el resto de las propiedades familiares. A pesar de su decrepitud, nunca se le pasó por la cabeza tirarla. Hubiese sido una traición, un acto tan reprobable como olvidar las enseñanzas que con tanta paciencia y ternura trató de inculcarle desde niño. Aquella añeja sabiduría, fruto de la autenticidad con que había vivido y su amor por la verdad, lo acompañaría siempre. Como aquella manta. Cargaba con ella como si guardase en su interior sus recuerdos más queridos. Lo primero que hacía al subir al coche era comprobar que seguía sobre el asiento de atrás. Estaba convencido de que su todoterreno se negaría a arrancar si no la sentía sobre él. Sabía que era una tontería, pero le ayudaba

a mantener viva la memoria de su padre y evocar su feliz infancia. Eran dos poderosas razones para conservarla. Le inspiraba tanto cariño y melancolía como su pasado. Nunca se desprendería de ella.

Cargó con la manta y regresó inmediatamente junto a la joven. Con delicadeza, sin apenas rozarla, cubrió su cuerpo. Aguardó pacientemente. La muchacha, al notar el cálido contacto de la lana, la aferró con sus manos y se envolvió en ella. Unos segundos más tarde, levantó la cabeza. Sus vidriosos y cansados ojos se clavaron en los suyos. Ramón comprendió su desesperación y se emocionó. Sin quererlo, había despertado un sentimiento que llevaba mucho tiempo tratando de contener. Intentaba desterrarlo con todas sus fuerzas y alejarlo para siempre de su pensamiento. Se había convertido en una obsesión. Había transformado su vida de tal manera que era incapaz de sentir cualquier otra emoción. Ahora, a pesar de que se resistía con todas sus fuerzas, no tenía más remedio que admitirlo de nuevo. Conmovido, sintió cómo lo recorría una intensa y profunda amargura. No pudo evitar que el rostro de su nieta se le apareciera de repente. Se estremeció. Trató de ahuyentarlo. Maldijo una y otra vez, pero el aspecto desvalido y la actitud suplicante de aquella indefensa muchacha no hacían más que recordárselo.

La miró con ternura. Aunque intentaba reprimir sus sentimientos, era fácil adivinar su angustia y el intenso miedo que le obligaba a ocultarlos. No respondió a los cuidados de Ramón. Ni siquiera con un simple gesto. Sus ojos, implorantes y desconsolados, eran incapaces de expresar el inmenso agradecimiento que sentía. El resto de sus emociones, si es que aún conservaba alguna, debían yacer enterradas en el lugar más recóndito de su cuerpo. Inaccesibles, ausentes, como si un cirujano las hubiese extirpado de su alma dejando un enorme vacío imposible de sondear. El pánico, que cegaba hasta el último poro de su piel con despiadada tiranía, le estaba arrebatando su humanidad cruel e implacablemente.

Era fácil percibir su desolación. No podía imaginar qué clase de sufrimiento torturaba su espíritu de aquella forma, pero era evidente que le resultaba insoportable. Comprendió que sus recuerdos permanecerían escondidos largo tiempo sin atreverse a abandonar la invisible cárcel donde ella misma los había confinado. También él intentaba ignorarlos. Necesitaba mantenerlos encerrados si quería mantener la cordura.

Trató de sacudirse la amargura que sentía. Miró hacia el todo terreno que, con las luces encendidas, permanecía abandonado en medio de la carretera. Aunque era poco probable tropezarse con otro vehículo a esas horas de la noche, resultaba peligroso dejarlo allí. La calzada era estrecha y apenas disponía de arcén. Tras varias maniobras, logró apartarlo de la vía y arrimarlo a la cuneta. A punto estuvo de chocar con algunos peñascos desprendidos de la montaña, pero los evitó hábilmente. Arrastrados por corrimientos de tierra o por los numerosos torrentes que desembocaban cerca de ella, solían invadirla de vez en cuando interrumpiendo el tráfico. A menudo, pasaban días y días hasta que los operarios encargados de su mantenimiento se dignaban aparecer y lograban retirarlos. Terminada la operación bajó del coche, regresó junto a la joven y aguardó pacientemente.

Su soledad y sufrimiento le resultaban familiares. También él los había soportado. La muerte de su padre fue el primer golpe que le asestó la vida. Después, vinieron muchos más. Siempre la había considerado la experiencia más dolorosa que tuvo que afrontar. Recordaba perfectamente el sentimiento de abandono que sintió tras su desaparición. Lo idolatraba. Imitaba sus andares, sus gestos y hasta el tono de su voz con la esperanza de que los confundiesen. Creía a pie juntillas cualquier cosa que dijera y corría obediente a hacer todo cuanto le pedía. Su amor y la inocencia con que aún observaba la vida le empujaron a negar la realidad. Se resistía a ad-

mitir que hubiese muerto. Prefería creer que se trataba solo de una prolongada ausencia y que algún día regresaría. Era más llevadero que asumir la cruda verdad.

Tardó tiempo en aceptarla. El transcurrir de los años y la obstinación con que la vida se empeña en despertarnos de los sueños le obligaron a abrir los ojos. Por desgracia, contrariamente a lo que había creído aquel niño, ningún hombre puede esquivar a la muerte. Ni siquiera su padre. Descubrir que se equivocaba resultó duro de admitir. Todavía era muy joven para soportar un desengaño así. Cuando los mitos dejan de serlo, se llevan una parte de nosotros. Por mucho que lo intentemos, nunca la recuperamos. Comprender lo inevitable exige tiempo. Aceptar algunas verdades, casi siempre severas e implacables, también. No es justo exigirle a un niño que madure antes de estar preparado para hacerlo.

Le costó asimilar su pérdida. Negarse a aceptar aquella brusca separación le permitía mantener una tímida esperanza. Aunque en el fondo de su corazón supiese que era tan infundada como absurda. Algunos de sus parientes sugirieron que su marcha había sido voluntaria. Incluso afirmaron conocer sus razones. Le aseguraron que había pruebas suficientes y se obstinaron en demostrárselo. No perdió el tiempo escuchando sus fabulaciones. Estaba seguro de que su padre no había querido dejarles. Sin embargo, por mucho que le molestasen aquellas maliciosas insinuaciones, lo cierto es que ya no estaba con ellos.

Con el tiempo, ese indispensable amigo que suele encajar con precisión las piezas que forman nuestro complejo rompecabezas, descubrió que sus ilusiones eran solo una excusa. Una forma de contener el dolor. Nada más. Pero la mente de un niño no entiende las implacables leyes que rigen la vida ni los bruscos giros con que nos sorprende tan a menudo. Hasta que la experiencia acude en nuestra ayuda dispuesta a desvelarnos las razones que ocultan

el misterioso devenir de la existencia o a revelarnos que, sencillamente, no las hay. A pesar de todo, resulta tan doloroso descubrir nuestra fragilidad que inventamos toda clase de explicaciones para justificar la desaparición de un ser querido. Nos aferramos a ellas para poder despertar cada mañana sin caer en la desesperación y soportar los reveses que nos aguardan. Es imposible predecir su caprichoso y cruel comportamiento. Solo cabe conformarse con que, de vez en cuando, se muestre complaciente. Lamentablemente, rara vez lo es. Apenas un año después, cuando su madre se reunió con el único amor que había conocido, la sensación de desamparo fue tan profunda que todavía seguía buscando inútilmente la manera de aliviarla. Una parte de Ramón se fue con ellos. Nunca regresó.

A pesar de aquel desgarrador vacío, descubrió que la vida sigue imparable su curso. Incontenible, con la inercia de un tren al que ni siquiera el descarrilamiento de sus vagones puede frenar. Afortunadamente, sus sentimientos crecieron al mismo tiempo que su cuerpo y, como él, cambiaron. La madurez transformó sus recuerdos haciéndolos más soportables. Su memoria, apiadándose de su dolor, arrinconó los más amargos y le ofreció el consuelo del olvido. Antes de aceptar su ayuda, decidió poner fin a todas aquellas habladurías. No podía permitir que ensombrecieran el recuerdo de su padre. Desde entonces, nadie volvió a insinuar que su muerte quizás no había sido un accidente. Al menos en su presencia.

Ramón, absorto en sus pensamientos, ignoró los entrecortados lamentos de la joven hasta que un sexto sentido lo obligó a regresar a la realidad. Parecía a punto de despertar. Inmediatamente, se inclinó sobre ella dispuesto a atenderla. Quería consolarla y aliviar su sufrimiento, pero la muchacha no reaccionaba. Seguía conmocionada. Su cuerpo luchaba contra el frío y la extenuación sin lograr desprenderse de aquella profunda parálisis que le impedía moverse. Lo intentaba, aunque no lograba imponer sus deseos.

Inquieto, rebuscó nerviosamente entre sus bolsillos. Buscaba desesperadamente el teléfono móvil que Fernando, su único hijo, le había regalado hacía unos meses, pero no lo encontró. Rápidamente, regresó al todoterreno. Rebuscó en su interior con la esperanza de encontrarlo sobre algún asiento, dentro de la guantera o tirado por el suelo. No tuvo suerte. De repente, recordó que lo había dejado sobre la mesilla de noche. Maldijo su falta de previsión. No era la primera vez que le sucedía. Pese a la insistencia de sus familiares, todavía no se había acostumbrado a llevarlo encima. Casi nunca lo echaba de menos, pero en aquella ocasión lamentó sinceramente no haberlo cogido. Por su mala cabeza, no tendría más remedio que llevarla al hospital. Era lo menos que podía hacer por ella.

La joven, haciendo un enorme esfuerzo, consiguió entreabrir los ojos y gimió débilmente. Ramón se acercó y la observó con ternura. Su forma de mirar le sorprendió. La intensa tristeza que había creído adivinar hacía apenas unos instantes había desaparecido. Ausente e impávida, parecía ajena a cuanto ocurría a su alrededor, como si su desesperada situación no le importase. Ramón lo atribuyó a la traumática experiencia que acababa de sufrir. La había conmocionado tan profundamente que no era extraño que se encontrase desorientada y fuese incapaz de expresar sus emociones.

Tenía razón. Aunque aquella pobre muchacha deseaba con todas sus fuerzas llorar y maldecir, continuaba ocultando sus sentimientos. Necesitaba desahogarse, pero no quería sincerarse con un extraño. A pesar de la confianza que le inspiraba su compasiva mirada y la delicadeza con que se comportaba, había algo dentro de ella que se lo impedía. Tal vez un primitivo instinto de supervivencia, arraigado en lo más profundo de su ser, la obligaba a mostrarse reservada. Debía sobreponerse a su desesperación y ocultar sus secretos. Aunque solo fuese por orgullo.

Ramón admiraba su coraje, pero intuyó la angustiada pelea que libraba. La comprendía. Reprimir el miedo que despierta la proximidad del peligro era algo que había aprendido desde niño. Recorrer las solitarias montañas y los intrincados bosques ponía a prueba el ánimo de los zagales que acompañaban a los mayores en sus duros quehaceres. Las alimañas abundaban. Escuchar sus gruñidos y sentir su amenazadora presencia estremecía. Al caer la noche, los aullidos de los lobos sobrecogían hasta quitar el sueño. Los jóvenes maduraban deprisa. Aprendían a temprar su valor con la misma rapidez con que olvidaban sus juegos infantiles, pero no podían disimular el intenso pánico que sentían.

No solo había que dominar el temor que inspiraban aquellos animales, ansiosos por saciar su hambre con cualquier presa que se pusiera a su alcance. Durante los largos inviernos, el tiempo era tan riguroso que encorbaba los cuerpos tanto como encogía el ánimo. Los secos y calurosos veranos, por el contrario, extenuaban a los hombres y resecan su piel envejeciéndola prematuramente. El crudo clima pirenaico, carente de suaves primaveras y amables otoños, arrugaba los rostros y curtía las almas sin compasión. Los ineludibles trabajos que imponía cada estación requerían un desmesurado esfuerzo que ponía a prueba la resistencia de los montañeses. También había que reprimir el miedo. Era el precio que debían pagar si querían prevalecer por encima de las adversidades y las constantes amenazas que tenían que soportar. Sobrevivir en medio de aquella rigurosa naturaleza lo exigía. Por muy hermosa que fuese.

Su padre se lo había enseñado. Recordaba sus palabras como si las hubiese pronunciado apenas unas horas antes. Inmediatamente, le vino a la cabeza lo sucedido durante una cacería de lobos. Fue una de las últimas. Algunos lugareños, obstinadamente apegados a las tierras de sus antepasados, se resistían a emigrar. La mayoría de sus paisanos, convencidos de que era la única opción que les quedaba, creían que se equivocaban. Para ellos, su terquedad

resultaba tan absurda como inútil. Rechazar la modernidad, que llamaba a sus puertas prometiendo toda clase de paraísos augurando un futuro desahogado y venturoso, era una insensatez. Un error propio de aldeanos incapaces de aceptar el progreso y las oportunidades que ofrecían los nuevos tiempos.

Se lo advirtió con su franqueza habitual: «Tendrás miedo, *mesache*, pero piensa que los lobos estarán aún más asustados que tú. Fingirán que no nos temen, gruñirán mostrando sus afilados dientes y aullarán tratando de intimidarnos, pero sentirán tanto pánico como las ovejas que nos matan. Es su temor quien los mantendrá unidos y desafiantes. No lo olvides. Además, ellos no tienen armas. Nosotros, sí. Los lobos lo saben, por eso intentarán ahuyentarnos. Cuando fracasen y comprendan que son incapaces de acobardarnos, retrocederán. No debemos perseguirlos. Solo es una trampa para atraernos al interior del bosque y atacarnos en su terreno. Pronto reaparecerán. Amagarán con acercarse, volverán a gruñir y a exhibir sus colmillos para espantarnos, pero mantendrán las distancias. Solo es una treta desesperada de quien sabe que lo tiene todo perdido. Debes mantener la calma y dominar tu miedo. Piensa que nosotros, los hombres, somos superiores».

Ramón sabía que ya no quedaban lobos en los Pirineos. Su recuerdo, como tantos otros, pertenecía a un pasado cada vez más lejano. Aquel mundo atrasado y arcaico de principios de siglo, que ni siquiera la tierra y el ganado hacían soportable, exigía su caza. Antes que nada, había que sobrevivir. Era necesario proteger a los rebaños y evitar que atacasen las granjas, los establos e incluso a los perros que los vigilaban. Perder a sus animales era un lujo que no podían permitirse. Debían defenderlos y preservar su vida para que los duros inviernos, la sequía o las plagas no desatasen una hambruna tan devastadora como las que habían sufrido en el pasado. No tenían otra opción si querían evitar la miseria. Era una obligación que imponía la naturaleza cuando aún no se había convertido en una simple atracción turística.

Para los lobos era una batalla perdida. Los ganaderos acosaban a las hambrientas manadas implacablemente. Reducidas a unos pocos ejemplares, su exterminio era cuestión de tiempo. Solo la Guerra Civil acudió en su ayuda. Entonces, las presas cambiaron. Y también los trofeos. Durante aquellos tristes días, cesó su persecución. Las sierras y los bosques acogieron a nuevos y orgullosos lobeznos que, despreocupados, reclamaron su propio territorio. Confiados, sin ningún rival que los amenazase, camparon a sus anchas durante unos años. Apenas tuvieron tiempo de crecer y convertirse en adultos. Su final, como el de aquel sanguinario y despiadado conflicto, se precipitó fatalmente sin que nadie pudiese evitarlo. Corrían los años cuarenta. Eran tiempos miserables. El ganado se convirtió en un tesoro al que ningún hombre estaba dispuesto a renunciar. En apenas dos décadas, los lobos desaparecieron.

A Ramón siempre le habían fascinado. Desde niño. Le impresionaba su magnífico porte. Admiraba la astucia que escondían bajo su escalofriante y retadora mirada, su impostada valentía y la eficaz disciplina con que se comportaban cuando actuaban en manada. Le parecían soberbios y hermosos. A sus ojos, eran los auténticos señores de los bosques y las montañas que tanto amaba. Le gustaba contemplarlos cuando se erguían orgullosos y aullaban desafiantes. Aunque nunca lo confesó abiertamente, les tenía un gran afecto. A pesar de las desgracias que provocaban. Tal vez porque un niño, en su inocencia, ama a los animales disculpando el daño que pueden causar. No obstante, aprendió pronto a temerlos. Por experiencia y porque los relatos que se contaban, aunque llenos de prejuicios y exageraciones, evitaron que la admiración que sentía ocultase una realidad mucho menos amable y complaciente que sus ensoñaciones infantiles. Con todo, siempre pensó que algunos hombres eran peores que aquellas bestias. Su padre no dejaba de recordárselo. Y sabía bien de lo que hablaba.

La devoción que sentía por ellos no le impidió participar en su exterminio. Los cazó porque era su obligación. Aunque les impulsaba la necesidad, siempre sospechó que algunos disfrutaban matándolos. Les proporcionaba un inconfesable placer imposible de disimular. Como si derramar la sangre de otro ser vivo, cualquiera que fuese su especie, se hubiera convertido en una irrefrenable adicción. Ramón, por el contrario, no los odiaba. Ni el rencor ni el deseo de venganza anidaron nunca en él. Tampoco exhibió vanidoso sus cabezas ni colgó sus pieles en las paredes de ningún salón. Alardear de su destreza le parecía impropio de un verdadero cazador, una innecesaria humillación para un formidable enemigo que, a pesar de su derrota, no merecía ser tratado con tanto desprecio.

Los últimos lobos, si la memoria no le traicionaba, se extinguieron hace más de cinco décadas. Aunque en los últimos años algunos pastores afirmaban haber avistado algunos ejemplares, nadie podía confirmar que hubiesen regresado. No obstante, aseguraban haber descubierto sus huellas. La inexplicable desaparición de algunas ovejas parecía corroborarlo. Los naturalistas, atraídos por los rumores que hablaban de su reaparición, lo investigaron. Lobos italianos, dijeron. Nadie sabía cómo habían llegado hasta allí. Tal vez habían emigrado desde los Apeninos. Al parecer, en la vertiente francesa de los Pirineos también se habían divisado algunas parejas.

Sonrió. El recuerdo de su padre lo reconfortó. Evocar los felices años de la infancia siempre le llenaba de paz. A pesar de que no era un nostálgico, fue incapaz de evitar que le embargase la melancolía. De repente, el inconfundible ruido de un cuerpo arrastrándose penosamente deshizo la magia de aquel hermoso instante reclamando su atención. La muchacha trató de incorporarse. Ramón se acercó enseguida. Mientras la ayudaba, la observó con atención. No le pareció una excursionista extraviada o una conductora que hubiese tenido un accidente. Sus ojos delataban un sufrimiento mucho más arraigado e intenso. Pese a su curiosidad, comprendió

que era pronto para interrogarla y decidió dejarla tranquila. Todavía no era capaz de hablar. Debía tener paciencia. Muy a su pesar, estaba acostumbrado a esperar. Llevaba semanas aguardando unas noticias que no acababan de llegar.

Con gran esfuerzo, consiguió alzarla. Sus brazos rodearon la cabeza de Ramón y cayeron desmadejados sobre su pecho. La joven quedó colgando de sus hombros, inerte, balanceándose anárquicamente de un lado a otro. Apenas podía soportar su peso. Encorvado, con la espalda entumecida, cargó con su cuerpo y comenzó a recorrer penosamente los escasos metros que los separaban del vehículo. Cada paso era un suplicio. Por un momento, creyó que no lo lograría. La tentación de soltarla llegó a ser tan fuerte que estuvo a punto de ceder, pero no lo hizo. Se limitó a apretar los dientes y aguantó el dolor sin dejar de caminar.

Cuando estaban a punto de alcanzar el todoterreno, la chica murmuró unas palabras. Balbuceaba entrecortadamente, como si una misteriosa fuerza las retuviese en su boca impidiéndole hablar. Sonaban confusas, ininteligibles, pero las repetía obsesivamente. Creyó reconocer una de ellas. Parecía un nombre. Tal vez el de su padre o un hermano. Algún novio, quizás. Antes de desvanecerse, volvió a susurrarla. A pesar de su tenue voz y la debilidad con que la había pronunciado, sonó con más claridad que antes. Ramón no lo había oído nunca. No conocía a nadie llamado así y supuso que era extranjero. La chica no parecía española, así que lo más probable era que su idioma tampoco lo fuera. No obstante, era incapaz de asegurarlo.

Mientras abría la portezuela del todoterreno y la tumbaba en el asiento de atrás, no pudo evitar que unas cuantas preguntas se agolpasen en su cabeza. Aunque ignoraba lo sucedido, una obsesiva idea comenzó a abrirse paso en su mente. Al principio la rechazó. Le parecía absurda, descabellada, pero pronto se aferró a ella con desesperación. Tal vez era cierto que los lobos habían regresado.